

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 103.—BARCELONA 17 DE ABRIL DE 1916



Artillería alemana dirigiéndose, al galope, a la línea de fuego

CRONICA INTERNACIONAL

I. Cuestiones económicas «inter» aliados.—II. La situación financiera de Francia.—III. Discrepancias en la opinión alemana.—IV. La actitud de Holanda.—V. Italia y Grecia.—VI. Alemania mirando a la paz

I.—Cuestiones económicas «inter» aliados

Parece fuera de duda que la reciente conferencia de los delegados de las potencias aliadas, no ha dado todos los resultados que esperaba Inglaterra; así lo indica que la prensa británica continúa dando la preferencia a los temas económicos y describiendo con los colores más rosados las ventajas que la alianza reportaría, de admitirse el punto de vista británico, que se reduce, en conjunto, a proscribir el comercio alemán después de la guerra, comprometiéndose en cambio los amigos de Inglaterra a substituirlo por el de esta nación; en esto se resumen los mil artificios y sutilidades que, bajo la presión de la necesidad, se trata de propagar en la séxtuple.

Rusia no ha hecho gran caso de las indicaciones inglesas, ni les ha concedido más que una atención de cortesía; sabe el Gobierno de Petrogrado que si algo ha de obtener ha de ser tratando directamente con el de Londres, y no quiere perder el tiempo interviniendo en las discusiones, ni encendiendo tal vez sin pretenderlo cierto recelo en otros países.

La dificultad ha venido de Francia. Se encuentra ésta, en efecto, en una situación financiera bastante

desagradable, y el comercio se ha dado cuenta de los vejámenes a que le somete Inglaterra. Han comenzado las disputas entre ingleses y franceses, motivadas en su fase inicial por la cuestión de los fletes. Dicen los franceses que les parece muy bien que Inglaterra haga pagar más los transportes y las primeras materias a los países neutrales, pero no a Francia, que está llevando el peso de la guerra y la que derrama más sangre, que economiza Inglaterra; en consecuencia, que ésta debería dar un trato diferente a los aliados, y en especial a Francia, porque de lo contrario va a resultar que la misma Francia será la que pagará gran parte de los gastos militares de su aliada, lo cual ni es equitativo, ni nadie lo encontraría justo. Los fletes han encarecido de un modo enorme, el carbón inglés está siendo un artículo de lujo, pero del que Francia no puede prescindir, y lo mismo sucede con otras materias. Estaría bien que Inglaterra adoptara las medidas de protección que está llevando a cabo, si ella sola fuera la que estuviera en guerra, pero desde el momento en que es Francia la protagonista y que Inglaterra dice que lo ha de supeditar todo a la causa común, el anteponer con todo rigor la conveniencia propia a las necesidades

de sus aliados es una medida antipolítica y funesta, de cualquier modo que se la considere. Inglaterra se defenderá económicamente bien, pero si ahoga y arruina a Francia, ¿no saldrá ella también derrotada?

Responden los ingleses que el encarecimiento de los fletes no es culpa de Inglaterra. Casi toda la flota mercante británica está embargada por el Gobierno y destinada a las atenciones de la guerra y a la importación de primeras materias y artículos relacionados con la campaña; el resto del comercio se efectúa valiéndose de barcos extranjeros, y es claro que no hay medio de imponer a éstos una limitación en el precio de los fletes, porque si se intentara podrían negarse a continuar navegando y entonces Inglaterra no podría atender a su alimentación. Tan es así, que el Gobierno ha tenido que prohibir la importación de determinadas mercaderías (casi todas de fabricación francesa) por considerarlas de lujo, superfluas; el espacio que en los barcos ocuparan y el tiempo que se invirtiera en su carga y descarga, pueden ser aprovechados en otros géneros de verdadera necesidad. En cuanto al carbón, Inglaterra accedería con el mayor gusto a lo que pretenden los franceses, pero hay que observar que le está vedado adoptar medidas de carácter excepcional, que podrían molestar a otros pueblos y a los neutrales, a no ser que se entrara en un acuerdo económico y comercial, de carácter general, que conviniera a las dos potencias. De esta suerte, se llega por otro camino, como el lector habrá observado, al supremo desideratum de Inglaterra.

Teme ésta, efectivamente, que al terminar la guerra los franceses, italianos, rusos y demás aliados, vuelvan a servirse del comercio y de los productos alemanes, sencillamente por la poderosa razón de ser más baratos que los ingleses. Aunque se odie al enemigo y aunque en todos los tonos se pregone que se ha de prescindir de él, ya se sabe que el negocio no tiene corazón, y acude a donde encuentra más ventaja; pasada la guerra, es muy dudoso que el patriotismo de los negociantes les mueva a derrochar un dinero que podrían haber economizado, sin que con ello la patria padezca, puesto que se habrá restablecido la paz. Por eso precisamente Inglaterra quiere prevenirse contra este peligro cierto e inevitable, comprometiendo a sus aliados en la firma de un acuerdo general que prohíba prácticamente el comercio con Alemania; y por eso también es natural que los aliados lo piensen mucho antes de entrar en un camino que podría llevarlos a la ruina después de la guerra, y desde luego prolongaría la duración de ésta.

Para tratar de estos interesantísimos temas, que sólo fueron apuntados en la primera conferencia, se anuncia otra para dentro de breves días. Inglaterra espera mucho de la angustiosa situación económica en que pronto van a encontrarse todos sus aliados, creyéndose que no tendrán más remedio que allanarse a sus demandas. El problema no se le presenta por ahora bajo auspicios completamente favorables.

Según los franceses, Francia está pagando diariamente, por término medio, la enorme cantidad de dos millones de francos en concepto de fletes, y las tres cuartas de esta suma van a manos de Inglaterra, porque son británicos los barcos correspondientes.

No se reduce sólo este comercio al normal y pacífico, sino que versa principalmente sobre materias de guerra, y se efectúa en barcos ingleses, de aquellos que se pretende están requisicionados por el Gabinete de Londres. Si así fuera en efecto, la desconsideración sería todavía más patente. Es difícil predecir si los aliados sucumbirán o no a la hegemonía británica; los antecedentes son ventajosos a Inglaterra, pero el dinero francés es uno de los más inteligentes del globo.

II.—La situación financiera de Francia

Se ha lanzado el primer anuncio de que en breve se emitirá un nuevo empréstito francés, porque no ha bastado ni de lejos el llamado de «la victoire». El ministro de Hacienda, Mr. Ribot, ha declarado en la Cámara que desde el 31 de diciembre de 1915, el Banco de Francia sólo ha tenido que adelantar al Estado, para que éste pudiera hacer frente a sus gastos, la cantidad de mil millones de francos; pero los gastos van en aumento, ha añadido a continuación, y no cabe seguir acudiendo a estos anticipos, sino que hay que buscar dinero efectivo y contante: de aquí la necesidad del empréstito.

Poco antes de hacer estas declaraciones, se autorizó al mismo Banco para aumentar la emisión de billetes hasta la suma de 18 mil millones; antes de la guerra el límite era de 6.800 millones, por lo que casi ha triplicado la circulación fiduciaria. Bien se comprende leyendo estas cifras, de dónde salía casi todo el dinero que anticipaba el Banco.

El aumento de papel, cuando queda contenido en una cifra prudente, equivale a un empréstito, sin los gastos y cargas que éste impone; pero si excede de aquel límite, y en todas las naciones se había casi llegado a él antes de la guerra, se compromete el crédito del Estado y se dificulta la obtención de recursos por otros medios, empezando por el de los empréstitos. De consiguiente, el Estado francés está más apurado de lo que se creía. Francia es rica, más que la misma Inglaterra, pero el Estado se encuentra en una posición crítica. ¿Dará Francia al Estado el dinero que éste necesita, como está aconteciendo en Alemania? Una nación que no regatea la sangre, ¿regateará el oro, cuyo consumo economizaría vidas y acortaría la guerra? Los periódicos franceses pasan como sobre ascuas al tocar estas materias o las omiten del todo.

III.—Discrepancias en la opinión alemana

Por primera vez ha asomado el desacuerdo en la prensa alemana, coincidiendo con la retirada de von Tirpitz. La discrepancia ha provenido del modo como cada cual entiende que debe hacerse uso de la superioridad de algunos medios de guerra que tienen los alemanes. Estos medios son los submarinos y los globos dirigibles, los zeppelines.

Una parte de la opinión sostiene que Alemania debe de prescindir de contemplaciones o hacer una guerra implacable a su más encarnizado y más fuerte enemigo: la Gran Bretaña. Tanto la campaña submarina como la aérea habrían de desarrollarse despiadadamente, sin reparar en los daños inferidos, hasta causar al adversario una herida mortal que le

obligue a inclinarse a la paz. Otros creen mejor aplazar esta campaña vigorosa hasta que las operaciones militares que se avecinan descubran con toda claridad los verdaderos propósitos, pacifistas o de lucha a todo trance, de los diversos adversarios; y no falta quien cree que el rigor en los ataques de los dirigibles y submarinos, sin conseguir resultados decisivos, no haría más que exacerbar las pasiones y dificultar una solución de concordia.

A juzgar por lo ocurrido en los últimos días, ha triunfado el criterio del segundo grupo, aunque acentuando un poco más que antes los ataques, sin duda para que todos se convenzan de la eficacia y efectos destructores de los novísimos medios de guerra.

Paralelamente a este estado de cosas, los espíritus más reposados y serenos apuntan algo que podría tener las más graves e inesperadas consecuencias. La materia es tan delicada, que nos limitaremos a apuntarla. Puesto que no son sólo los submarinos alemanes los que cruzan por debajo de las aguas, sino que también Inglaterra dispone de un gran número de ellos ¿por qué atribuir a los primeros todos los daños que se están causando a los barcos de las naciones neutrales? ¿No puede haber alguien interesado en enemistar contra Alemania al mundo entero y obrar en consecuencia?

Como se ve, las complicaciones saltan a cada caso, y si la guerra no termina en breve es imposible prever a dónde llegaremos y a donde nos llevarán las pasiones desatadas de unos y de otros. Cuanto más indecisa y estacionaria permanezca la campaña en los diferentes frentes, tanto más abocados estaremos a todo lo imprevisible, que no será ciertamente agradable ni lisonjero, sino todo lo contrario. Esperemos que del lado de Rusia venga una luz que Francia se empeña en no encender, a pesar de los requerimientos indirectos, pero insistentes, que le hace Alemania.

IV.—La actitud de Holanda

Desde que la gran conferencia de los aliados, en París, trató la cuestión de poner más trabas todavía al comercio que los neutrales pudieran hacer con los Imperios centrales, Holanda ha tomado una actitud más guerrera que antes, con el manifiesto propósito de defender sus derechos amenazados. ¿Contra quiénes van dirigidos los preparativos que está llevando a cabo?

Inglaterra y Francia creen que contra Alemania; ésta opina que contra los aliados. Lo probable es que sea contra todos, esto es, en beneficio de ella misma. Sería lo más cuerdo y Holanda lo es mucho. Aliados y germanos, creyendo que los problemas se resuelven del modo que les conviene sin más que suponer realizada la solución, parecen ponerse una venda en los ojos.

Esta cuestión de Holanda recuerda lo sucedido en agosto y septiembre pasados con Bulgaria. La prensa aliada tenía descontada la entrada en línea de los búlgaros contra los Imperios centrales; Alemania no ponía en duda que la balanza se inclinara a su lado, y los neutrales no sabíamos quién tenía la razón. La lógica daba a entender que Bulgaria atacaría a Serbia, y así lo dijimos en estas cró-

nicas, pero no siempre la lógica es la que triunfa en achaques de política internacional. Ahora con Holanda se está repitiendo el mismo caso.

Los antecedentes no son muy favorables a Inglaterra. Bien pocos años hace que con motivo de las fortificaciones de Flesinga, que defienden las bocas del Escalda, Inglaterra protestó amistosamente y realizó gestiones para disuadir al Gobierno holandés de sus proyectos, mientras que el Gobierno alemán le apoyaba y aplaudía. Votáronse los créditos para aquellas fortificaciones, y, aunque los trabajos no terminaron con la amplitud imaginada, la defensa de las bocas quedó muy mejorada. Posteriormente, Holanda ha tenido que quejarse varias veces por las restricciones que a su comercio imponía Inglaterra; con Alemania ha mantenido constantemente cordiales relaciones.

Pero esto no significa que Holanda vaya a romper lanzas con los britanos. Perdería mucho más de lo que pudiera ganar; sus colonias pasarían rápidamente a otras manos, se interrumpiría desde luego la navegación de su poderosa flota mercante, y se haría difícil la vida en el país. Tampoco es de suponer que Holanda, malquistándose con Alemania, a la que debe mucho, se arriesgue a correr la misma suerte que Bélgica. De modo que hay que creer que Holanda se prepara para defender sus derechos e intereses, contra todos y frente a todos.

Si en esta defensa, encuentra apoyo en unos y amenazas en otros, es natural que se ponga del lado de los primeros, pero no con las armas en la mano, sino simplemente dándoles facilidades, que negará a los del otro bando. En este concepto, la postura de Holanda tiene un interés extraordinario para los dos grupos beligerantes.

Un simple acuerdo o una marcada benevolencia con Inglaterra, sin llegar a abandonar la neutralidad, facilitaría a los barcos británicos el uso de las aguas holandesas, y se limitaría extraordinariamente el empleo de los submarinos alemanes y las salidas de los barcos de combate al mar del Norte. Una tolerancia con Alemania pudiera ser fatal a la Gran Bretaña; bastaría consentir o no darse por enterada de la navegación de los torpederos y submarinos alemanes por el Escalda, para que delante de Inglaterra se alzara el peligro que más teme: el establecimiento de una base naval enemiga—o el usufructo con tal fin de Flesinga—en el paraje más amenazador. De aquí que tanto Inglaterra como Alemania sigan con atención las medidas del Gobierno holandés y procuren no indisponerse con los holandeses. La verdad obliga a declarar que en lo que va de guerra, Alemania ha sido mucho más respetuosa con la neutralidad y los derechos de Holanda que Inglaterra; pero también es cierto que a ella le interesaba más la amistad del pequeño reino, por donde recibía no pocos artículos de todo género y por donde seguía exportando algunas mercancías.

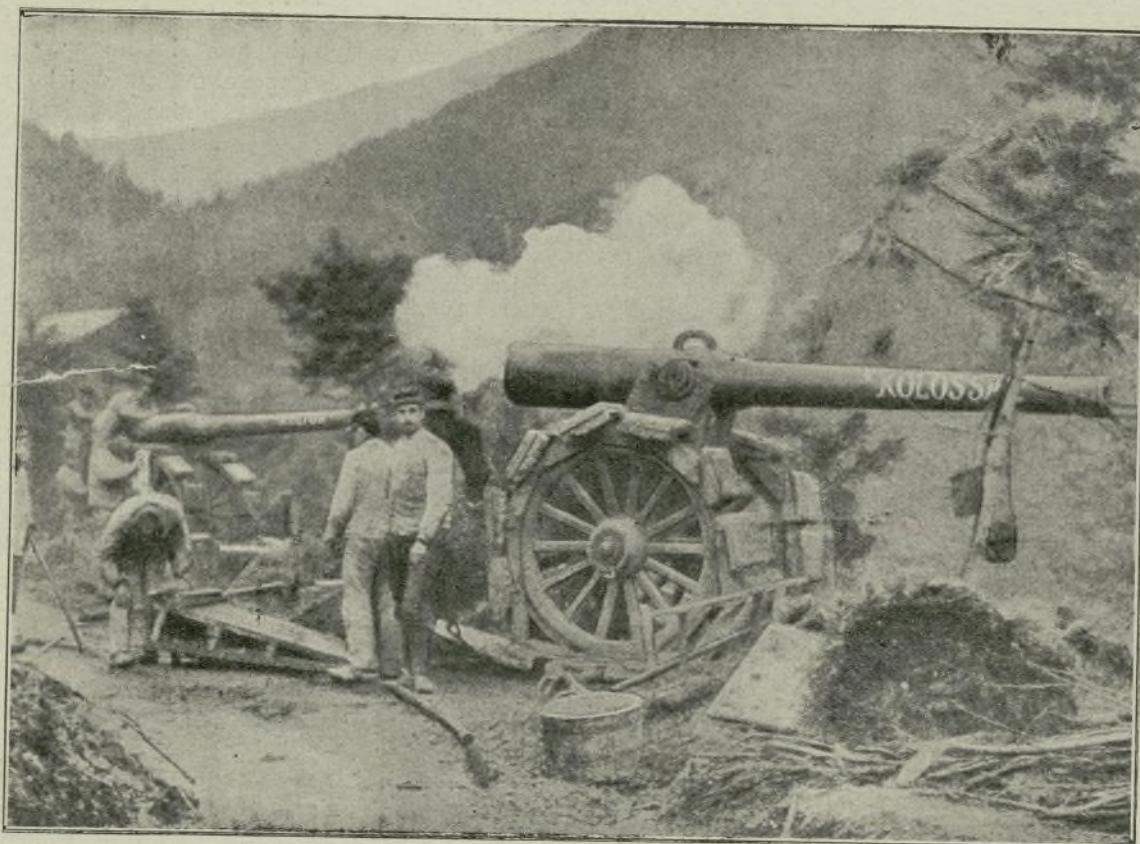
Insistimos en que por ahora no es de temer la intervención de Holanda, sin que ello no quiera decir que ha asomado una nueva nube en el horizonte político del mundo. Si los aliados persisten en perjudicar al comercio neutral no será Holanda la única nación que dé muestras ostensibles de su mal humor.

Triste cosa es que los países poderosos menospre-

cien los derechos de los pequeños y les lleven a realizar actos que no quisieran emprender. ¡Cuántos sinsabores y pérdidas y daños está costando a los neutrales el tópico de los aliados de que luchan en defensa de la libertad del mundo! Gracias a este comodín, encuentran lícito el anteponer sus propias conveniencias a todo y desatender las conveniencias y los verdaderos derechos, sin tópico, de los demás.

No obstante, la generalidad de las personas, gusta más de dejarse llevar de buenas palabras que de examinar a fondo los hechos y guiarse por ellos. El fenómeno no es nuevo, y se repetirá eternamente pese a los adelantos de la civilización. Las masas humanas son inmutables, tanto más crédulas e infelices cuanto más instruídas y superiores se creen.

los austriacos, enviaron después patrullas hacia el S., las cuales entraron en el Epiro y se pusieron en contacto con las avanzadas griegas; éstas les intimaron la inmediata retirada, conminándoles con hacer uso de las armas en caso contrario, y los italianos volvieron a internarse en Albania. Este incidente ha quedado resuelto en su aspecto material, pero ha dado lugar a discusiones agrias entre los dos Gobiernos, y deja un sedimento que podría originar males mayores. Estando en pugna las dos políticas, y teniendo Inglaterra y Francia que contentar tanto a Grecia como a Italia, pues ambas les son necesarias, ¿cuál de ellas será la favorecida? Es de suponer que el arreglo definitivo depende de lo que suceda en Vllona y Salónika, puesto que si los italianos tuvieran



Cañones franceses de 15 centímetros en Alsacia, a los que han puesto los artilleros los nombres de «Kolossal» y «Kultur»

V.—Italia y Grecia

Los rozamientos ocurridos entre Grecia e Italia merecen más atención de la que se les ha prestado. Las ambiciosas aspiraciones de Italia sobre Albania y el Epiro septentrional, se manifestaron sin rebozo durante la campaña en los Balkanes, de 1912-13. Desistió Italia de sus miras y Grecia se anexionó la parte S. del Epiro. Al terminar las operaciones de los austro-búlgaro-alemanes contra Serbia, Grecia, que sabía cuánto interesaba su amistad a los aliados, corrió sus tropas al N. y ocupó todo el Epiro septentrional, hasta las fronteras albanesas; era la menor compensación que debía dársele por los sinsabores y daños que le están causando las potencias aliadas. No recelaba Grecia de los albaneses, pero sí temía a los italianos, cuyos planes están en abierta oposición con los helenos. Sus temores se han confirmado.

Los italianos, que apenas resistieron en Durazzo y que se retiraron a Vllona al saber que avanzaban

que evacuar el puerto albanés, Inglaterra y Francia no tendrían por qué oponerse a las demandas de Grecia; si Salónika es atacada, esta cuestión del Epiro del N. y Albania del S. puede muy bien ser hábilmente explotada por los franco-ingleses para mantener quieta a Grecia. Hay indicios de que Italia ha tocado el punto de sus aspiraciones sobre Albania, en la reciente Conferencia de París. Otra complicación más que añadir a las que van brotando a cada paso.

VI.—Alemania mirando a la paz

El discurso pronunciado por el canciller alemán Bethmann Hollveg el día 5 del corriente, es a todas luces el mayor acontecimiento diplomático ocurrido desde que comenzó la guerra. Respuesta a lo que se decía en Inglaterra y Francia sobre los propósitos de Alemania, a la vez que anticipo de lo que se propone conseguir, es un paso franco y resuelto hacia la paz, dado con la virilidad y la franqueza de quien

se encuentra victorioso en todos los frentes y puede, sin desdoro, presentar el ramo de olivo.

Los dos puntos más interesantes son la cuestión polaca y la belga. El pensamiento, aunque declarado en conceptos generales, está claro. Alemania y Austria han libertado a los pueblos del oeste de Rusia del yugo que los tenía sujetos; ambos Imperios reconocen la nacionalidad de lituanos, polacos, bálticos y letas, y no tolerarán que vuelvan a caer bajo la tiranía rusa. Luego, Alemania pretende segregar definitivamente del Imperio blanco los territorios que le ha arrebatado, y devolverles su personalidad. Esta idea no puede menos de ser ensalzada por todas aquellas personas que claman por la libertad de los oprimidos y el respeto a los débiles; pero no lo será

que a la expansión eslava hacia el O., y se limitaría la misión histórica de Rusia a los lugares de donde nunca debió salir. No se proponen, pues, los alemanes propósitos de conquista, de anexión, en el E., sino de reconstitución de viejos pueblos, que, naturalmente, por su propio interés, por su más adelantado estado de civilización y por la fuerza misma de las cosas, girarían dentro de la órbita alemana, sin formar parte del Imperio alemán.

Respecto de Bélgica, el canciller toca dos puntos: garantizarse contra una Bélgica que no fuera más que un satélite de Francia e Inglaterra, y acabar con la injusticia que imperaba en la gobernación de aquel país. Aunque tal vez la pasión lo niega, basta repasar la prensa extranjera de fecha anterior a la guerra, y



Los voluntarios turcos de Jerusalén al dirigirse al canal de Suez

por quienes afirman estos deseos, sin sentirlos, por quienes los invocan exclusivamente como arma contra los Imperios centrales. ¿Rehusa Alemania conceder una amplia autonomía a dichos pueblos o llegará hasta otorgarles la plena independencia? Lo probable es que proyecte una federación, regida por un príncipe alemán, en la que cada una de las nacionalidades se mueva dentro de sí misma en su vida interior. Con el tiempo, se llegaría a la constitución de un verdadero Estado. Después del largo período de la gobernación rusa y de las persecuciones de que han sido víctimas las nacionalidades del oeste, hay que reconocer que no se encuentran preparadas para moverse por sí mismas; es menester prepararlas para su pleno desenvolvimiento, y esto se ha de conseguir rompiendo, primero las cadenas que las sujetan a Rusia, protegiéndolas contra los ataques de ésta, y dejándolas en libertad, pero vigiladas, para el arreglo de sus asuntos interiores. Se formaría así una barrera entre Alemania y Rusia, se pondría un di-

en primer lugar la belga, para recordar la profunda división que había en aquel reino y la discordia manifiesta entre valones y flamencos. Estos quedaron pospuestos, al constituirse Bélgica como Estado independiente, a sus compatriotas de lengua francesa, que eran en realidad los que componían toda la Bélgica oficial; gracias a la preponderancia de unos elementos sobre otros, igualados en número, fué posible que Bélgica formara en las filas de los aliados ya antes de la guerra, según han demostrado los documentos encontrados en los ministerios de Bruselas. Equiparar a los flamencos con los casi franceses es obra también de reintegración de nacionalidades. ¿Qué garantías imagina Alemania contra la repetición de hechos pasados? Parece que con estas palabras se apunta a Amberes, pero su anexión llevaría aparejada la de una no pequeña faja de territorio. El concepto se comprende que ha sido dejado oscuro con toda intención, para ver cómo lo recojen los belgas y los aliados. Lo que desde luego se advierte

es el firme propósito de evitar que en lo futuro sea Bélgica un peligro, un campo favorable para desenvolverse los ataques franceses y, sobre todo, los ingleses.

Otros puntos interesantes ha tocado el canciller en su discurso, pero quedan pálidos ante los dos mencionados. Habrá quien diga que Alemania pretende imponer condiciones—¡qué moderadas!—; siendo la victoriosa ¿habrá alguien tan cándido que crea que iba a despojarse voluntariamente de todas sus conquistas y someterse a lo que de ella quisieran hacer sus enemigos, actualmente derrotados? Imagínense a Francia, o Inglaterra, o Rusia en una situación parecida a la presente de Alemania, y respóndase luego, con sinceridad, con honradez. Alemania, ha dicho el canciller, desea vivir en paz, puesto que necesita la paz para seguir trabajando, y es una precaución tan elemental como necesaria protegerse contra nuevos ataques en los puntos débiles. A su juicio, y al de todos los entendimientos imparciales, no hay mejor escudo que el formado por pueblos que recobren su nacionalidad, después de creerla definitivamente perdida.

Los comentarios de los vocingleros no irán, desgraciadamente, por este camino. Los tópicos de los aliados han sido anulados por las palabras graves y solemnes del canciller alemán. A las frases huera y declamatorias de sus adversarios, Bethmann Hollveg responde con promesas formales ante el Parlamento y ante el mundo. Rusia persiste y se obstina en negar a los polacos una pequeña parte de lo que el canciller les ofrece; y la misma Rusia ni siquiera quiere oír hablar de la personalidad de lituanos, rutenos y bálticos. De igual manera los flamencos se diría que no existen para ingleses y franceses ¿es que no se concibe otra libertad, ni otro derecho, ni otro trato a los pueblos pequeños, que el que se está aplicando a la desgraciada Grecia?

No se mencionan en el discurso los planes de Alemania sobre los departamentos franceses invadidos, ni tampoco sobre las colonias perdidas, lo cual hace creer que se admite como incuestionable el *statu quo ante*. La cuestión de Italia, Serbia, Montenegro y Albania no ha figurado en la oración parlamentaria, por corresponder su resolución al imperio aliado, el austro-húngaro.

En esquema, conocemos ya las condiciones en que Alemania está dispuesta a hacer la paz. Responderán los aliados con una contraproposición, si bien tememos mucho que no sea tan razonada, ni tan concreta, ni tan mesurada. Como ha dicho muy bien el canciller, Inglaterra desea continuar la lucha económica al firmarse la paz.

El discurso tiene otro aspecto igualmente interesante. Alemania fija su posición y declara que no puede dar un paso más allá. Luego, si es rechazado su punto de vista, la guerra continuará más fiera aún que antes, y se demostrará que si Alemania, con fines interesados, es evidente, anhela la reconstrucción de pueblos oprimidos, sus adversarios sólo persiguen propósitos de destrucción. El triunfo diplomático del canciller de Alemania, será indiscutible, y verdaderamente la franqueza y la sinceridad acaban siempre por triunfar sobre los sofismas y las frases de relumbrón. En su fuero interno, allá en el secreto de las conciencias, más de un diplomático de

los países aliados reconocerá la razón que asiste al canciller, y habrá de estremecerse ante la sangre que se derramará si todavía los odios y pasiones se sobrepone al buen sentido y a la justicia. Se nos decía a voz en grito que Alemania sólo ambiciona conquistas y anexiones, y Alemania lo niega sin rebozo; su punto de vista no puede ser más moderado; a buen seguro que si se sometiera la cuestión a un plebiscito europeo, la paz se firmaría antes de quince días.

Pero ¿no será más cómodo, a falta de razones que oponer, ahuecar la voz y sostener que las declaraciones del canciller son un síntoma evidente del estado de quebranto, de agotamiento, de Alemania, y que por consiguiente es más necesario que nunca proseguir la lucha sin contemplaciones hasta alcanzar la *victoria final*? ¡Cuán severa se mostrará la historia para determinados países! En el momento que escribimos estas líneas, antes de que los comentarios ingleses y franceses enturbien, a copia de interpretaciones y sutilidades, los conceptos del canciller, no tenemos esperanza de que el ramo de olivo sea recogido con simpatía y buen deseo; la guerra continuará. Pero ¡ay! de Bélgica y de Rusia si Alemania triunfara, porque entonces tendrá el deber, más que el derecho, de mostrarse mucho más exigente y rigurosa, de ser implacable y dura.

Los neutrales de corazón hemos de recibir con sincera alegría las declaraciones del canciller; ya era hora de que sobre las estridencias y el vocerío vulgar, apasionado y ramplón, en el que se descubría la insinceridad y la ficción, resonase el lenguaje augusto de la verdad, apoyado en la fuerza y suavizado en la templanza y en una clara visión del porvenir. Esta guerra, que a tantas ridiculeces de la palabra y de la pluma ha dado lugar, bien merecía la seriedad y el espíritu ecuaníme en que se ha inspirado el canciller. Serán rechazadas sus ofertas; pero cuando nuevas batallas acaben de demostrar la fuerza de Alemania, que ahora será negada, los pueblos, y, si no ellos, los ejércitos, que desde hoy saben a qué atenerse, impondrán la cordura, y se hará la paz. La voz del canciller ha sido un fortísimo golpe de ariete contra el tinglado de delirios y fantasías en que hábilmente se ha encerrado a media Europa. Esta situación artificiosa está próxima a concluir.

F. LARIN.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Una sonrisa que vale un Imperio

—¿Sabe V., señor A, que he leído todos los discursos y todos los brindis—la boca se me hacía agua al enterarme de los succulentos platos que han formado parte de los incontables banquetes—que se han pronunciado en las conferencias de París y en las visitas a Roma y Londres?

(El señor A).—Lo celebro mucho; aunque V. se mofa de la oratoria, convendrá en que los aliados hablan bastante mejor que los teutones, que son ordinarios y vulgares; el arte de la palabra siempre ha sido peculiar de las civilizaciones más refinadas y no de los pueblos bárbaros.

—Así es, en efecto, y no seré yo quien le discuta

este punto; es admirable la civilización que suprime la natalidad y también aquella otra que aplica la máxima: «Ganaré el pan con el sudor de tu frente». Lo que yo quería decirle es que no he encontrado nada nuevo en las palabras de Asquith, Salandra, Briand y demás comensales; las mismas invocaciones al derecho y la libertad, tal cual toque a la justicia y la civilización, un escarceo sobre la redención de los pueblos, y pare V. de contar. Se va haciendo empalagoso este cuadro, a copia de repetirlo cada minuto durante dos años consecutivos; y se me ocurre que podría V. escribir a Barrés pidiéndole que lanzara al estadio—¿no se dice estadio?—de la prensa algunos temas un poco más nuevos y que nos distraigan algo más a los neutrales.

(El señor A).—La verdad no debe cansar jamás, y conviene grabarla en la imaginación de todos; por eso es menester repetirla insistentemente, con tenacidad.

—¿No sería mejor grabarla en la columna Vendomme, por ejemplo, o en el cementerio del Père Lachaise?; porque ya sabe V. dónde reposan los huesos de las tristes víctimas de esa verdad. Por lo demás, ¡qué suerte la de Sonnino y más aún la de los serbios y belgas! Vivas y manifestaciones por doquier, recepciones con su *lunch* correspondiente, dos banquetes diarios y champaña a todo pasto. ¡Cuándo se volverán a ver en otra! Para saber dónde están Bélgica y Serbia hay que acudir a las geografías de 1914, pero para saber dónde están algunos serbios y belgas que se pregunte dónde hay conferencia, con sus ítems obligados.

(El señor A).—No siga V. por ese camino, don Subrio, porque reñiremos.

—Tomemos otro; ¿el de Verdun? Me he enterado de los últimos avances alemanes...

(El señor A).—A cualquier cosa llama V. avances; dijera V. fracasos, y nos entenderíamos.

—Como V. quiera: me he enterado de los últimos fracasos de los franceses...

(El señor A).—¿Franceses, dice V.?

—¿Pues, de quién, si no? ¿No hay ya franceses en Verdun?

(El señor A).—Pero, hombre de Dios ¿ha caído por ventura Verdun? ¿No resiste bravamente y se burla de todos los arrestos y baladronadas del príncipe imperial? Mayor fracaso de los alemanes no lo podíamos soñar; no sabe V. el servicio que nos han prestado.

—Sí, el de tener que vigilar y custodiar 400 kilómetros cuadrados menos de terreno.

(El señor A).—¿Qué son 400 kilómetros comparados con el territorio francés?

—Una parte de él, que ha cambiado de dueño; 32,000 franceses han emigrado con armas y cañones a Alemania, y no pasa día sin que algún pueblo, valle o posición dejen de tener importancia, que es otra martingala como la de la retirada estratégica. ¿Podría V. decirme, señor A, si han comenzado ustedes a retirar la importancia a Verdun? ¿Qué me cuenta V. de Calais y Dunkerke? Me parece que eso huele todavía peor que lo de Verdun.

(El señor A).—Basta, don Subrio; hableme V. de Rusia o de China, si gusta, pero no me toque V. a Francia...

—Sé, efectivamente, que se encuentra en un es-

tado bastante quebradizo y no está para que se la manosee mucho. Al fin y al cabo, es la cuna... ¿de qué es la cuna, que no me acuerdo en este momento? ¿De Renan o de Brillat-Savarin?

(El señor A).—Lo dicho: no le responderé a V., si no cambia de tema.

—Sea como V. quiera; mirando a Rusia, todavía me hago cruces del ingenio de los críticos (?) profesionales. Los infelices rusos atacaron estos días pasados, probablemente sin saber por qué ni con qué objeto, y aunque tuvieron que meterse otra vez en sus trincheras, que les vienen más anchas porque los ocupantes son menos, no hicieron más que poner el pie fuera de ellas cuando el telégrafo nos volvió locos: si avanzan los rusos pondrán en peligro la línea estratégica de X; si, como es de esperar, se consolida el resultado obtenido por los rusos, caerá en sus manos el ferrocarril de Y; si el hábil movimiento de Kuropatkin tiene éxito, los ejércitos de Hindenburg quedarán cortados; si... todo el pentagrama musical; soñaba el ciego que veía. En un sitio que yo me sé, no hacen más que quitar importancia a las cosas, y en otro, apenas se mueve un cosaco se desata la fantasía; menos mal que los alemanes la sujetan enseguida con fuertes ligaduras; ¡qué groseros y bastos son!

(El señor B).—Por eso les hemos condenado a perecer de hambre; sólo les duele lo material.

—Que ustedes les condenen, me parece muy natural, pero que hagan lo mismo sus aliados ya es un poco más duro de roer. Considere V., alma británica, que antes de morir de hambre los alemanes, perecerán de apetito los belgas y los serbios y cuatro millones de franceses y treinta y cinco millones de lituanos, polacos y rutenos, amén de dos millones y medio de prisioneros. Todo lo hacen ustedes en grande: de una plumada, ordenan la muerte de 175 millones de personas; de otra, decuplican ustedes los fletes a sus aliados; revuelven ustedes el paraíso terrenal, decretando las crecidas del Tigris para que Aylmers no llegue a Kut-el-Amara; achican ustedes a Lord Byron, haciendo nadar a divisiones enteras en el Helesponto, que está junto a Gallipoli; y... ¡no pueden gobernar ni meter en cintura a doscientos mil obreros ingleses!

(El señor B).—Porque para nosotros la libertad y el derecho individual son lo primero.

—Es cierto: hay el derecho al trabajo... para mí, y el derecho a la muerte,... para... No me mire V., señor A., que no le he nombrado, ni me acuerdo de V.; mi pensamiento está en los que se batan, y usted, que yo sepa, es un gran bebedor de cerveza, fétido producto alemán. No crea V. que le censuro por eso: mejor trato se dan los de las conferencias de marras.

(El señor A).—¿Otra vez? Se va V. poniendo insoportable; no habrá quien le aguante.

—Ya se irá V. acostumbrando. No tenían la epidermis más dura los belgas ni los galos del Norte. No hay dicha sin espinas. Si padece usted un poco, el día que entre usted en Berlín gozará más.

(El señor A).—Luego ¿admite V. nuestra victoria final sobre el odiado enemigo?

—¿Por qué no? Yo admito eso y mucho más. Pero a V. lo que le debe de preocupar es que la admitan los alemanes. Su testarudez es tal, que las

armas no les convencen. ¿No podrían ustedes ofrecerles algún dinero, o una buena tajadita, a ver si se daban a partido?

(El señor A).—¡Qué más quisieran ellos!

—¿Más todavía? ¿Opina V. que aún no tienen bastante con lo conquistado? No soy de su opinión.

(El señor A).—Basta; resueltamente, no digo una palabra más. Hable V. con el mozo.

—Gracias, en nombre del señor B. Nuestro común amigo tiene un carácter más apacible que V.

(El señor A).—¡Claro! ¡Como que a él la guerra apenas le ha dañado!

un caserón viejo en Cetigne y ha encontrado un palacio nuevo en Francia. Todos los vasallos de V. se perecen por darle gusto y les molesta que se les recuerden sus sacrificios. ¡Créame V. a mí! Suba V. un poquito más los fletes, aumente algo más el interés de los préstamos, eleve el carbón a la altura de los zeppelines. La guerra no puede durar eternamente, y sería una inocentada desaprovechar una ocasión como ésta; al fin y al cabo, no se trata más que de dar gusto a los paganos; ellos, contentos, y usted regodeándose. ¿Que los neutrales le criticamos de vez en cuando? ¿Qué les importa a los neu-



Artillería inglesa en Portsmouth, dirigiéndose al puerto para su traslado a Francia

—¡Hola, hola! ¡Preciosa confesión! No quería saber más. Dulces armonías aliadas e identidad de sacrificios ante el enemigo común. Esto me recuerda lo de aquella denticina: «¡Que lo digan las madres... ¡francesas!», añadido yo por mi cuenta, aunque lo callen los comensales.

(El señor A).—¿Quiere V. dejar de molestarme, don Subrio, sí o no?

—¡Vaya un modo de agradecer el interés que me tomo por los asuntos de V.! La verdad es, señor B, que su situación es envidiable; tiene V. más suerte que el rey Nicolás de Montenegro, que ha perdido

trales? Se les aprieta en los fletes, primeras materias y subsistencias, y el buen sentido, en forma de silencio, se impone. ¡Así navega Britania por los procelosos mares de la guerra! Si no hubiese submarinos ni zeppelines, miel sobre hojuelas. Con todo, no es tan fiero el león como lo pintan. ¿Doy o no en el clavo, señor B?

(El señor B).—No ha dejado usted un momento de martillar en la herradura, como de costumbre.

—A otro perro con ese hueso; somos compadres y no podemos engañarnos los unos a los otros.

(El señor B, enfáticamente).—Inglaterra desenvainó la espada en defensa de Bélgica...

—¡Por caridad, señor B, no me haga V. reír, que el señor A se molestará!

(El señor B, ahuecando la voz).—Cuando Inglaterra era la única nación de Europa antimilitarista, sin armamentos y sin ejército...

—¡Qué miedo, señor B! Por si acaso, no me toque V. a la marina, que está con algodón en rama.

(El señor B, en tono doctoral).—No ha vacilado Inglaterra en organizar, realizando sacrificios estu-

—Que lo digan los casados y los obreros y los cuáqueros y hasta los solteros.

(El señor B, en voz tonante).—Pueden estar tranquilas Bélgica y Serbia, Francia y Rusia, Italia y Montenegro, que cuando llegue el momento de tomar la ofensiva...

—¡Basta, señor B! Mejor nos entenderemos en lenguaje mercantil. Ha hecho V. ya el elogio del género, ha ponderado la mercancía, la ha puesto por las nubes, es la mejor, no tiene rival... ¿me la da V. por dos reales?



Efecto causado en una casa de cinco pisos por una bomba arrojada durante el último ataque de los zeppelines a París

pendos, un ejército numerosísimo, digno de Francia y de Rusia...

—¡Quién tuviera la linterna de Diógenes, para averiguar por dónde anda!

(El señor B, subiendo el diapason).—Entregada en cuerpo y alma a fabricar municiones...

—Que de antemano están colocadas, a buenos precios, en los países aliados.

(El señor B, atusándose el bigote).—Caso increíble e inesperado, que demuestra la lealtad a la causa común: se ha decretado el servicio obligatorio, general, universal...

(El señor B, herido en su dignidad).—Ni entiendo lo que V. dice, ni lo quiero entender.

—Dejemos a un lado la galería y hablemos como amigos. ¿Cuál es el último precio?

(El señor B, aparte).—Está presente el señor A.

—Comprendido. ¿Estamos de acuerdo? ¡Vengan esos cinco!

(El señor B no responde, pero como es tan bonachón... ¡se sonríe!).

SURRIO ESCÁPULA

LA GUERRA DE DESQUITE DE FRANCIA

¿Existen las guerras de desquite?

Desde que las guerras no se hacen ya por el mero capricho de los príncipes, desde que en ellas se ponen en juego cientos de millares de vidas humanas y millones y millones de valores, sus causas y motivos merecen una atención más marcada del historiador. Porque el camino para encontrar los medios de evitar a la humanidad esta tremenda calamidad de la guerra, consisten seguramente en limitar sus causas y al mismo tiempo en aislar la hoguera de los intereses, pasiones y codicias humanas, para evitar que el incendio se corra, en lo que cabe, dentro de lo humano.

El Gobierno de la república francesa actual, apoyándose en una prensa hábilmente dirigida y sin conciencia, ha hecho creer con bastante éxito a su pueblo que Francia es el cordero inocente asaltado por el lobo alemán, que le acechaba desde muchos años y contra el que ahora tenía que defender su piel. En verdad, los señores del Elíseo y del Quai d'Orsay están mucho mejor enterados de las cosas. Saben muy bien que han hecho revivir el desquite de la guerra de 1870, que desde hace tiempo era una idea que se había dormido en el suelo francés, que la han estimulado por todos los medios posibles, y que por medio de alianzas poderosas la han hecho tan popular que las masas populares, el ciudadano y el labrador francés, pacífico y trabajador, han vuelto a sentirse inflamados por ella. El resultado está a la vista: el nuevo desquite ha costado ya a Francia una parte de su territorio y tres veces más hombres que la guerra del 70. Pero no cabe excluir la idea de que ahora, después de la guerra, empiece en aquel país la propaganda para el desquite del desquite. Y considérese lo que Francia hubiera podido ganar dentro de Europa si desde hace quince años se hubiese decidido a un acuerdo sincero y duradero con Alemania.

La cuestión que se presenta aquí es la siguiente: en los tiempos modernos en que la guerra es un juego de azar, tan peligroso económica y políticamente, ¿puede decirse que ha habido guerras de desquite? ¿Han tenido éstas alguna vez éxito? Con una sola excepción (tal vez con dos) contestaríamos a esta pregunta negativamente. Las guerras que se han reñido en Europa en los últimos doscientos años nacieron generalmente de dos causas. En primer término eran las consecuencias forzosas del sistema político seguido por un soberano o por un Estado. En segundo término, eran manifestaciones de la codicia política, cuando se presentaba lo que se llama una «buena ocasión», como al vacar un trono, con motivo de trastornos en un país vecino y casos análogos. Podemos citar como ejemplo las guerras de sucesión austriaca y española, las particiones de Polonia, con los trastornos que siguieron, y otras varias. No obedecen a las dos causas anteriores las guerras de la revolución francesa y del Imperio. Tuvieron una atmósfera especial mucho más amplia. El cambio que se hacía necesario de toda la sociedad europea, encontraba obstáculos injustificados en estados antiguos y conservadores. El reflujo poderoso engendró después para uno de

los Estados (Francia) una preponderancia tan marcada, que contra él hubo de unirse todo el sistema de Estados europeos y lo dominó. Si Prusia humillada empezó en 1813 de nuevo una guerra contra Napoleón, reanudando la de 1807, no fué en realidad una guerra de desquite. Fué una guerra por el ser o no ser de la nación; Prusia no podía vivir si Napoleón hubiera seguido en el timón media docena de años. Lo mismo, aunque en menor escala, les sucedía a los demás Estados europeos. Una vez que quedó terminada la gran obra, el recíproco temor a los disturbios interiores impidió durante cuarenta años, toda gran guerra europea. La primera de esta clase vuelve a serlo la guerra de Oriente de 1853 a 1856. Si Napoleón III presentó esta guerra en Francia como un desquite por la derrota en Rusia de 1812, es porque conocía la fuerza popular que habían de tener esas palabras efectistas. En realidad, hizo la guerra para impedir el fraccionamiento o la desmembración de Turquía por Rusia, lo que no era conciliable con los intereses franceses de entonces. Análogamente, quiso reconstituir con la guerra de 1859 el antiguo sistema de los Estados italianos vasallos de Francia; pero el desarrollo de esta idea era superior a sus condiciones de estadista. Al ser destruido en 1871 el predominio de Francia, desapareció todo motivo de grandes conflictos dentro de Europa, y así hubieran seguido las cosas por mucho tiempo si Francia lo hubiera querido. En todo el transcurso del siglo XVIII, si se distinguen bien las causas, no ha habido realmente más que dos guerras que puedan calificarse de guerras de desquite. Fué la primera la que España vencida y dividida en la paz de Utrecht, empezó en 1718 bajo el gobierno y a inspiración del cardenal Alberoni contra Inglaterra, Holanda, Francia y Austria. Impulsada por la misma aspiración que hoy mueve a Francia de no renunciar por ningún motivo a su preponderancia mundial, se lanzó a una guerra a la que no llegaban ni de lejos sus medios. El segundo caso es la tercera guerra de Silesia, la llamada «guerra de los siete años»; fué una mera guerra de Gobierno, emprendida por María Teresa y Kaunitz, en parte por venganza personal contra Federico II; en el fondo no justificada por interés nacional alguno y que tendía a proporcionar a Austria nuevamente aquella preponderancia en Europa que había tenido bajo Carlos VI y el príncipe Eugenio.

Fueron necesarios siete años de guerra para vencer a Kaunitz de una imposibilidad que su sagacidad no había reconocido. Ambas guerras de desquite se ve, pues, que fracasaron; la española, como se sabe, no pasó de sus comienzos. Se comprende muy bien que un Estado que por haber tenido que ceder territorio y perdido el prestigio se considere perjudicado en su situación internacional aproveche la primera ocasión de caer sobre su poderoso enemigo, que según opinión suya lo haya tratado injustamente. Pero si transcurre un tiempo largo, generalmente los intereses de la población de que se trata se suelen haber desplazado, especialmente los económicos, religiosos y políticos, de tal manera, que el desquite, aun suponiendo que resulte vencedor, no puede ya compensar los daños recibidos. Este es el caso muy especialmente en nuestros días, en que las razones económicas desempeñan un

papel tan grande que puede citarse más de un ejemplo de pueblos vencidos y descontentos que al fin se han sometido voluntariamente, porque unidos a su vencedor han ganado dinero y se han hecho ricos con él. Ahora, que hace falta tener el valor de reconocerlo abiertamente. Pero si la existencia de un pueblo pretende desarrollarse sobre antiguallas históricas y literarias, que en la vida ya no tienen valor alguno, si en lugar de ofrecer reformas e innovaciones económicas se ofrecen palabras efectistas, y sobre todo si la invencible vanidad de un pueblo no quiere tolerar a su lado a ningún otro equivalente, entonces queda abierto el camino en el cual la política de la razón se convierte en una política de pasiones.

Fué la desgracia de Francia que no quisiera reconocer en manera alguna esta verdad; ha sido especialmente su desgracia el haber tenido una prensa que por su falta de conciencia, y por su desconocimiento de las condiciones europeas no tiene igual en todos los demás países (salvo América). Francia, en un buen acuerdo con Alemania y siguiendo una política razonable, hubiera podido llevarse la mitad de las colonias inglesas, tomar parte en la explotación del extremo oriente y asegurar su antigua posición en el oriente cercano. Prefirió ir detrás de un fantasma cuya realización cada mes que pasaba se hacía más imposible. Francia ha elegido su suerte.

Tal vez pudiera preguntarse a algunos que se llaman neutrales y que sin estudiar el asunto aceptan como evidentes los derechos «históricos» de Francia sobre Alsacia-Lorena, qué porvenir habían soñado para el mundo si se hubiesen realizado alguna vez los planes de desquite franceses. Hubiera sobrevenido alarma incesante, una serie de guerras que eternamente se hubieran repetido; la Europa que se fiara de frases hubiese tenido que agradecer esto a una Francia que hubiese vuelto a ser preponderante.

Por la traducción,
GRAVELINAS

(De la *Koelnische Zeitung*, del 1.º de marzo 1916).

El artículo que precede, a todas luces de carácter oficioso, da a conocer, bien a las claras, cuál es el pensamiento alemán en lo relativo a su política con Francia. Se rechaza en absoluto una transacción fundada en la restitución de la Alsacia-Lorena, y se señala a la actividad francesa un horizonte que le parecía vedado por Inglaterra. Estas observaciones del autorizado periódico alemán, tienen un dejo de amargura, por el fracaso de la política que durante muchos años inspiró el Kaiser, de aproximación a Francia, por lo que no debe extrañar el tono conminatorio de algunas frases. Este fracaso, por otra parte era de esperar; si no lo explicaran una multitud de razones, bastaría para darlo a comprender y justificarlo el sentido general del artículo anterior: el alma alemana no parece aún haber llegado a comprender el alma francesa; por encima de los intereses materiales, el pueblo latino, cualquiera que sea su nombre particular, coloca los de otro orden más abstracto. Cierzo que una hábil y perseverante política de los directores del Gobierno, presentando los

intereses materiales bajo otro prisma, hubiera conseguido variar, cambiar radicalmente, a la opinión francesa, pero esta tentativa no se ha ensayado, y ahora es tarde para remediar un daño que todos lamentan. En resumen, el artículo de la *Gaceta de Colonia*, está escrito bajo la impresión del desengaño producido por la aproximación cada vez más estrecha entre los Gobiernos de Francia e Inglaterra y es una especie de aviso al pueblo francés, dándole a conocer el punto de vista, irreductible, del Imperio alemán. (Nota de la R.).

LOS ÚLTIMOS TIPOS DE ZEPPELINES ALEMANES

Tomando como base el estudio de los restos del zeppelin derribado recientemente en Révigny, Mr. Jorge Prade, muy competente en estas materias, ha dado a conocer su juicio sobre el estado actual de los dirigibles en Alemania.

A su juicio, el zeppelin derribado, que llevaba el número de orden L Z. 77, pertenecía a la clase de los últimos tipos y era análogo a los que volaron últimamente sobre París e Inglaterra. Debía medir unos 30.000 metros cúbicos y tener una longitud de 160 metros, pero su forma no era simétrica, con los dos extremos en punta, sino que era más voluminoso por delante y aguzado por detrás, para presentar menor resistencia al aire. Llevaba dos barquillas, en comunicación por una cámara central, para los pilotos; el aparato radio-telegráfico estaba en el mismo lugar que los proyectiles. Un pasillo vertical atravesaba el zeppelin y conducía a su parte superior, dotada con una coraza de protección para las ametralladoras allí asentadas; el referido pasillo quedaba entre los veinte globitos independientes, separados por compartimientos. Llevaba cinco motores Maybach, de 180-200 caballos, con seis cilindros verticales de 160 X 170, refrigerador, peso de 448 kilogramos y un consumo de 230 gramos de petróleo por caballo-hora y 2 kilogramos y medio de bencina por hora y motor. La tripulación constaba de 23 hombres; era de 8 hombres en los tipos de 1912, 12 en los de 1913 y 18 en los de 1914. Así como estos últimos transportaban una carga explosiva de 1.000 kg., el L Z. 77 llevaba a bordo 1.500 kg. en 20 proyectiles que pesaban 50, 80 y 100 kg. Cada bomba iba montada en un lanzador especial que se abría mediante una corriente eléctrica, con sólo oprimir un pulsador situado en la cámara. Antes de que el zeppelin llegara a tierra, la tripulación lanzó todas las bombas que abrieron en el terreno pozos de 2.5 metros de profundidad por 5.5 de diámetro. No estaba provisto de otro armamento que seis ametralladoras, dos en cada barquilla y dos sobre la cubierta. No se pudo adivinar la cantidad de combustible que llevaba, ni se encontraron restos de los poderosos proyectores que forman parte del equipo de los zeppelines.

Los últimos párrafos del escrito de monsieur Prade son tan interesantes, que merecen ser reproducidos íntegros.

«El dirigible fué herido cuando volaba a una altura de 1.800 a 2.000 metros. El que voló sobre París llegó a la misma altura, pero inmediatamente se remontó a 3.000 metros, arrojando bombas y lastre y maniobrando sus timones de altura. El aviador J. de

Lesseps, que le dió caza más de 50 minutos, manteniéndose debajo de él sin perderle de vista, pero sin poder romper el fuego, estima que se encontraba de 700 a 800 metros más bajo que el zeppelin; su barómetro señalaba la altitud de 2.800 metros, máximo que podía alcanzar. Parece que, en todos conceptos, el mejor plan para impedir que los zeppelines lleguen a la capital, será atacarles en el camino. Una vez llegados a las ciudades, la mejor defensa está en los cañones anti-zeppelines. Los aviones rápidos, que se remontan muy deprisa, sólo pueden atacarles en el viaje de regreso. De aquí que el combate pueda considerarse dividido en tres fases:

»1.—Ataque por los aeroplanos antes de la llegada del zeppelin sobre París o Londres.

»2.—Ataque por los cañones anti-zeppelines, disparados desde tierra, mientras la aeronave está sobre

»Es igualmente indispensable disponer de un gran número de potentes proyectores, establecidos en círculo alrededor del punto que ha de defenderse, de modo que se crucen sus haces luminosos en forma de X, de forma que el zeppelin quede entre las ramas. También serían útiles varios proyectores montados en aeroplanos, para iluminar desde más cerca al dirigible.

»Aunque el volumen del zeppelin parece que presenta mucho blanco, su rapidez y la facilidad con que se remonta, dificultan el descubrirlo y batirlo.

»Seguramente, los zeppelines llegan sobre Inglaterra a poca altura, y tal vez a marcha reducida, para economizar petróleo mientras cruzan el mar. Se remontan poco a poco, a medida que disminuye el peso del combustible, pero en ocasiones tal vez han tenido que soltar lastre al llegar a la costa.



El príncipe de Gales al llegar a una pequeña ciudad de Alsacia

la población. Si es posible, se utilizarán los cañones de gran calibre y tiro rápido, tales como los de 104 y 120 mm. Los cañones alemanes navales disparan con un fuerte ángulo de elevación, tres géneros de proyectiles: los «indicadores», que dejan una trayectoria luminosa para descubrir el zeppelin y corregir el tiro; la granada ordinaria; y el shrapnel, que estalla en innumerables fragmentos. El cañón antiaéreo Krupp, de 104 mm. y 45 calibres de largo, envía un proyectil de 15,5 kg., con la velocidad inicial de 800 metros, a la altura de 4.000 metros, y dispara 15 tiros por minuto. El shrapnel se divide en 625 fragmentos. Estas piezas, con el cañón de 120 mm. son las que defienden Ostende.

»3.—Aeroplanos rápidos de caza, con ametralladoras y cohetes incendiarios, atacarán a gran altura al zeppelin, cuando éste emprenda el viaje de regreso.

»Alemania posee hoy 40 zeppelines, los más de los cuales se destinan a patrullar sobre el mar del Norte y el Báltico, en comunicación constante con su flota y sus submarinos. Vigilan el mar y acechan a los barcos mercantes. Es su principal cometido.

»Por noticias particulares que me han suministrado los pescadores que fueron a Alemania con cometidos especiales, sé que la escuela de pilotos de zeppelines, está en Leipzig, junto al antiguo aeródromo. Hay tres aeródromos nuevos y dos escuelas: una para el ejército y otra para la armada. Leipzig, por su situación geográfica, está al abrigo de las incursiones de aeroplanos procedentes de Bélgica, Francia, Rusia y el mar. Es también el centro de las fábricas de hidrógeno y de equipos especiales, y el punto de cruce de los tres caminos aéreos alemanes, jalonados por hangares y proyectores: a Francia, a Bélgica y Cuxhaven y a Rusia».

Dice también Mr. Prade, que en julio de 1914, la fábrica de Friedvichshafen entregó al Estado los zeppelines L Z. 24 y L Z. 25. El L Z. 30 hizo sus pruebas en 5 de noviembre de 1914. Como el destruido era el número 77, se deduce que Alemania ha construido en dieciocho meses por lo menos 52

Aproximadamente, puede calcularse en 40 el número de zeppelines alemanes que constituyen la flota aérea de primera línea, existiendo otros 20 que formarán la de reserva. Dentro de tres meses, a mitad de verano, la flota principal constará de más de 50 unidades por lo menos; hay que contar con que



El palacio Real de Montenegro, custodiado por los soldados austro-húngaros

zeppelines. En el último trimestre de 1914 terminaba uno cada tres semanas; hoy fabrica uno, por lo menos, cada diez días.

Nada tendría de extraño que en realidad la capacidad de producción fuera de un zeppelin por semana.

cada vez se apresura más la rapidez de la construcción y equipo de esas terribles máquinas aéreas, que, como es bien sabido, son una de las principales preocupaciones de Inglaterra, porque todavía no han dado su completo rendimiento.

CRÓNICA MILITAR

I. El futuro de los zeppelines.—II. Importancia actual de Verdún.—III. La lentitud de las operaciones en Verdun y su posible significación.—IV. La situación el 12 de abril

I.—El futuro de los zeppelines

Mucho después de haberlo yo advertido en estas *Crónicas*, los técnicos ingleses reconocen que una de las aplicaciones más temibles de los dirigibles es su empleo en combinación con las operaciones de una escuadra. Se sospecha en la Gran Bretaña que

peñarán como verdaderas armas de combate, aprovechando la circunstancia favorable de tener que batir la artillería adversaria los buques alemanes. En estas condiciones, y aun exponiéndose a ser derribados algunos zeppelines, pueden descender lo suficiente para asegurar el tiro de sus proyectiles y maniobrar siguiendo las evoluciones del barco que



Jorge Theotokis, ministro griego fallecido en Atenas



Coronel House, personaje de confianza del Presidente Wilson, enviado por éste a Europa

el día en que la escuadra alemana se decida a presentar batalla, irá acompañada por una flota de hidroaviones y de dirigibles: los primeros serán los exploradores y los encargados de repeler a los aeroplanos enemigos, mientras que los dirigibles se em-

elijan como objetivo, hasta ponerlo fuera de combate. Contra este peligro, no hay otro medio eficaz que una flotilla de aviones, pero si el atacante va acompañado de otra análoga será punto menos que imposible limitar la libertad de los dirigibles.

Se teme asimismo, y lo apunté hace tiempo, que los zeppelines ataquen las bases navales, y hay quienes creen que los viajes que hasta ahora han hecho aquellas máquinas aéreas sobre las costas y el interior de Inglaterra, tenían como objeto principal ejercitar a las tripulaciones y darse cuenta del terreno y de las dificultades que presentaría una empresa de mayor importancia.

Ha reaccionado la opinión de las personas competentes, y hoy se reconoce que los zeppelines no han fracasado ni constituyen un medio de guerra despreciable. Los bombardeos efectuados hasta ahora no han tenido gravísimas consecuencias, pero ello era de esperar, porque nadie puede pretender que una sola nave aérea arrase una gran capital o destruya defensas, capaces de resistir el fuego de muchas baterías pesadas durante días y semanas. La finalidad de los dirigibles es otra, se endereza contra blancos más limitados y concretos, y entre ellos ninguno más indicado que los grandes barcos de combate, que presentan mucho blanco, son más lentos en su andar que los dirigibles, y están mal defendidos contra el tiro vertical y peor armados contra esta clase de agresiones.

Si se recuerda el estado en que se hallaba la cuestión de los dirigibles hace media docena de años, y cómo se encuentra hoy, habrá de convenirse en que muy pronto será menester contar con ellos, lo mismo para el ataque que para la defensa, tanto en la guerra terrestre como en la naval. Este último aspecto es el que más interesa a Inglaterra. Se admite ya que no bastan los acorazados y cruceros en número y potencia suficientes para asegurar el dominio marítimo; se requiere también el dominio del aire y una gran fuerza en submarinos; sólo que contra estos últimos están bien armados los barcos, que además pueden servir de escuadrillas del mismo género, mientras que en el aire Alemania ha tomado una delantera considerable y durante bastantes años tendrá de su parte la superioridad. De aquí el movimiento de opinión en Inglaterra a favor de la construcción de dirigibles y del estudio de los modelos más perfectos; por primera vez se ha dado allí el caso de que se investigue cuántos aviones y dirigibles podrían construirse con el dinero que importa un dreadnought, y se pida que parte de las sumas destinadas a nuevos barcos se emplee en fomentar la aviación en sus dos aspectos principales.

Han aparecido, por consiguiente, contra los formidables barcos de combate modernos, dos enemigos: el avión y el dirigible, apoyado este último por el aeroplano, que pueden permitir a las naciones débiles, sin grandes dispendios, contrarrestar la fuerza naval abrumadora de sus adversarios. Si hasta ahora el poderío naval de una potencia era función directa de sus medios económicos, no ocurrirá lo mismo en lo porvenir; sin muchos barcos no será posible el ataque a las costas y a las escuadras enemigas, pero sí cabrá precaverse contra las acometidas ajenas, problema que hasta aquí no había podido resolverse y que era causa de la división de las naciones en dos grupos: la de las que se lo podían permitir todo, y la de las indefensas, pese a sus sacrificios pecuniarios.

Inglaterra, la más interesada en la cuestión, acaba de mostrar el camino a seguir, trazado ya por

Alemania tal vez sin pretenderlo, y es de desear que la enseñanza sea aprovechada con oportunidad, sin olvidar que en estas materias suele ser funesta la espera del mejor tipo, porque como los modelos van siendo perfeccionados incesantemente, nunca se llega a saber la última palabra. Para las necesidades defensivas no son menester los medios más recientes y mejores; eso, a quien le conviene más es al ataque.

II.—Importancia actual de Verdun

De las vagas indicaciones de la prensa de Francia e Inglaterra, se infiere que desde los primeros ataques a Verdun la distribución del ejército francés ha sufrido algunas modificaciones y que ahora el centro de gravedad de la línea se encuentra en el sector de aquella fortaleza. De este hecho nacen naturalmente tres preguntas: si ha aumentado la densidad en la región de Verdun ¿de dónde se han sacado las tropas necesarias? ¿Sigue siendo Verdun un mero episodio de la guerra o ha pasado a ser el acontecimiento más interesante, tal vez decisivo, del teatro occidental? ¿Está también el mayor núcleo frente a Verdun?

Toda vez que se anunciaba una ofensiva de los aliados para el mes de mayo o junio, es evidente que los franceses disponían de reservas no directamente empeñadas, las cuales o su mayor parte habrán sido enviadas a Verdun. Pero las bajas no pueden ser inferiores a 100,000 hombres, porque sólo en prisioneros han perdido los franceses más de 35,000, y por consiguiente cabe admitir que las reservas no han bastado y que ha sido menester echar mano de las tropas de otros sectores. En tal caso, ¿cómo se ha cubierto el claro? No se necesita ahondar mucho en lo que dicen los periódicos ingleses para comprender que ahora el ejército británico cubre un frente mayor que el que guarnecía a mediados de febrero; aquella prensa refleja fielmente la angustia que está causando la nueva situación; se excita al Gobierno a reforzar las tropas que luchan en Francia; ya no se habla con la confianza de antes de lo inexpugnable de las líneas inglesas, establecidas en muchos órdenes de trincheras desde el frente de batalla al mar; finalmente, el cuartel general francés y los personajes oficiales han procurado calmar la excitación que se extendía en Francia contra la inactividad de los franceses; se ha reconocido pública y solemnemente la cooperación británica, que no ha podido revestir otra forma que la de cubrir con tropas inglesas sectores primero encomendados a las francesas. Parece, según esto, indudable que la masa principal del ejército francés se encuentra en la región de Verdun, y que otro fuerte núcleo está apostado desde el Oeste de Noyon al N. del Somme; y que el frente inglés se ha extendido hacia el S., aunque no pueden concretarse sus límites actuales. Luego, o las líneas inglesas son más débiles de lo que eran, o han desembarcado recientemente en Francia muchos millares de soldados británicos. Lo verosímil es que, en efecto, Inglaterra haya hecho un esfuerzo, sin que empero la solidez de su línea se mantenga incólume.

La segunda pregunta ha sido contestada de antemano por los hechos. El objetivo francés se ha reducido a resistir en Verdun y dar tiempo a que se pro-

nuncie la ofensiva de Rusia, Italia y acaso Inglaterra; lo más que puede admitirse es que, llegado este caso, Francia colabore con un esfuerzo parcial y aislado; la amenaza de Verdun paraliza sus propósitos de ofensiva formal y en grande escala. Caída Verdun, la resistencia del nuevo frente francés no podrá en modo alguno ser tan seria como la del actual, y Francia habrá sufrido un golpe rudísimo en su aspecto moral, mayor indudablemente que si la fortaleza hubiera sido conquistada en pocos días; entonces, el descalabro fuera un episodio más o menos sensible y doloroso; ahora, Francia ha puesto todas sus energías en la defensa de Verdun.

Del lado alemán, no llega ningún rayo de luz que pueda ayudar a responder a la tercera pregunta. Los alemanes están atacando la plaza con el ejército ya reunido ante ella y además con otros cuerpos de reserva; en esto, no cabe duda, pero sí en la procedencia de los refuerzos y en si es Verdun el centro de gravedad alemán. A mi juicio, ni han sido debilitados los demás sectores del frente occidental, ni los alemanes tienen ante Verdun la masa más numerosa de sus tropas.

Si para los aliados el lugar más peligroso era el Somme, la mayor amenaza contra los alemanes estaba en Verdun. En su estado actual, después de las ventajas alcanzadas por el atacante, la fortaleza ha perdido su carácter ofensivo y no inspira inquietud a los alemanes; es como una fiera fuertemente encadenada, que se defiende bien dentro de la jaula, pero que no causa temor más allá de los barrotes. De consiguiente, para las operaciones generales de la guerra en otros teatros y otros puntos del occidental, Verdun ha perdido importancia desde el punto de vista alemán, y puede muy bien el invasor reducir sus efectivos ante el campo atrincherado, para llevarlos a otros parajes que le ofrezcan más ventajas.

Se concluye que para los franceses se ha encerrado en Verdun el interés principal de la guerra, mas no para los alemanes; podrán éstos alcanzar o no alguno de los objetivos directos que se propusieron a últimos de febrero, pero gozan ahora de una libertad de que carecían hace dos meses. Esto, si se lee bien, lo reconocen los mismos franceses. La ofensiva general de los aliados, si por fin se realiza, comenzará, pues, en condiciones bastante peores de lo que se creía, mientras que ha mejorado la situación de los alemanes, ventaja de la que seguramente procurarán aprovecharse.

El frente inglés, más extenso que antes y cubierto con tropas menos aguerridas que las francesas, por haber sido improvisadas, y un mando menos preparado y adiestrado, constituye un objetivo no despreciable, y nada tendría de extraño que las nubes que se han formado sobre Verdun fueran a descargarse, en forma de tormenta, más al Oeste. El momento de las grandes decisiones se acerca; si en las dos semanas próximas siguen logrando los alemanes iguales éxitos que hasta aquí, Verdun habrá dejado en absoluto de ser temible y sonará la hora de nuevos y más rápidos acontecimientos. Como la política internacional pesa cada día más en las operaciones, acaso se posponga el objetivo eminentemente militar, que sigue estando en Rusia, a otro político-militar, que no puede ser más que un vigoroso ataque al ejército británico, con tendencia a cortarlo y se-

pararlo del francés. He de persistir, como se ve, en la opinión de que Verdun no es para los alemanes un fin supremo, sino simplemente un medio para llegar a resultados más concluyentes que hasta ahora.

III.—La lentitud de las operaciones en Verdun y su posible significación

De un par de semanas a esta parte, se observa una mayor actividad en la defensa de Verdun, coincidiendo con un avance alemán más lento e intermitente.

Se había ya extendido la batalla al O. del Mosa y continuaban todavía los franceses observando una actitud meramente defensiva—impuesta, desde luego, por la superioridad de la artillería pesada enemiga,—sin otra excepción que los ataques y contraataques en el pueblo y fuerte de Douaumont. Después, las ofensivas alemanas en Vaux fueron contestadas con otras tantas contraofensivas, y lo mismo se está ejecutando en la orilla izquierda del Mosa. Esta actitud más enérgica de los franceses no ha logrado atajar el avance del sitiador, pero no hay duda que lo dificulta y torna más lento; requiere, para poderlo prolongar, tropas frescas, porque los contraataques, cuando concluyen por perder terreno, acaban por desmoralizar a las tropas que los llevan a cabo.

La contraofensiva francesa implica como condición indispensable la posición de una artillería pesada casi equivalente a la del ofensor; es más numerosa y de mayores calibres la alemana, pero como los combates se han localizado, no entra toda ella en acción contra los puntos que se disputan los adversarios y pueden oponer los franceses un número de piezas proporcionado al de las del ataque. Será menester que los alemanes vuelvan a extender su frente de combate y amplifiquen la amenaza, para que la superioridad de su artillería vuelva a hacerse patente; mas, como lo que está aconteciendo era fácil de presumir, y, no obstante, el alto mando alemán, ha derivado el ataque general a otro local, dejando de aprovechar la ventaja de su artillería, hay motivos para sospechar que en el frente N. y N. O. de Verdun no hay ahora tantas tropas ni material como a mediados de marzo, habiéndose llevado el sobrante a otros puntos del mismo sector de Verdun o de otros sectores del frente. Abona esta creencia la circunstancia de que Verdun dejó de ser peligroso para los alemanes desde que fué tomado el fuerte de Douaumont y avanzaron las líneas al O. del Mosa hasta quedar bien unificadas con las del bosque de Argona; a partir de aquel momento, no eran necesarias tantas precauciones, y pudo muy bien hacerse un traslado de tropas y artillería, más de aquéllas que de ésta.

Para quienes seguimos de lejos los combates de Verdun, la situación se despeja tanto del lado francés como se oscurece del lado alemán. Puesto que el defensor ha reunido en el campo atrincherado las más de sus tropas y material, estaría justificado que el atacante redujera las suyas a las indispensables para entretener la batalla, preparando con las demás un nuevo golpe, cuyos preliminares sabido es que exigen largo tiempo. En algunos comunicados ofi-

ciosos franceses se apunta la creencia de que el ejército francés de Verdun es más numeroso que el alemán; de ser cierta la sospecha, la lucha ante la fortaleza encubriría una nueva maniobra del alto mando invasor; sin datos exactos, nos hemos de limitar a apuntar lo expuesto, como meras conjeturas.

IV.—La situación el 12 de abril

El coronel inglés Repington ha visitado las posiciones francesas del sector de Verdun, y ha expuesto una impresión muy satisfactoria para los franceses, pero que no se compadece con los hechos que están ocurriendo a raíz de su visita. Cito este detalle, porque una vez más está padeciendo aquel crítico la obsesión, que se propaga enseguida por toda la prensa inglesa, de creer que los alemanes tienen la masa principal de sus fuerzas frente a las británicas. Periódicamente insiste en esta afirmación; durante la desastrosa campaña de los rusos, de mayo a septiembre de 1915, el coronel Repington fijó varias veces la situación de los cuerpos alemanes, llegando invariablemente a la conclusión de que Alemania tenía muchas más tropas en el frente occidental que en el oriental, corroborándose así la fuerte ayuda que los franco-ingleses prestaban a los rusos. Posteriormente y ya dentro del frente occidental, siempre el núcleo alemán se ha encontrado, a juicio de aquel crítico, delante de los ingleses; y ahora, cuando las batallas de Verdun tienen en suspenso al pueblo francés, asegura que los alemanes tienen 30 divisiones frente a dicha fortaleza y 34 divisiones conteniendo al ejército inglés; en el resto de la línea, la densidad es muy débil, sin que apenas el invasor disponga de alguna brigada de reserva. Claro es que si esto fuera cierto, quedaría malparado el alto mando francés, que no se decide a sacar partido de una situación tan ventajosa. El caso es curioso, y demuestra con cuánta cautela hay que acoger las opiniones de los críticos pertenecientes a naciones beligerantes, opiniones que luego se difunden por la prensa y son acogidos sin examen por muchas personas.

Los periódicos ingleses declaran que el ejército del general Haigh ha extendido su frente y ocupa ahora la línea que se extiende desde el canal del Iser al Somme. El sector que antes guarnecía medía 35 ó 40 kilómetros, y un poco más de 100 el actual, de modo que se ha triplicado; y como no han aumentado, seguramente, en la misma relación las tropas británicas, ni es presumible que los aliados se hayan resignado a debilitar un sector tan importante, ha de inferirse que a retaguardia, no lejos del Somme, quedan algunos cuerpos de ejército franceses en reserva, prestos a marchar a donde las circunstancias lo impongan. La prolongación del frente británico está confirmada en los partes alemanes, que señalan la presencia de tropas inglesas al S. de Arras.

Se robustecen los indicios de un próximo recrudescimiento de las operaciones en el frente austro-italiano, donde no ha ocurrido nada interesante en

los últimos días, así como tampoco cerca de Vailona y en Salónica; al N. de este punto, aumentan los contingentes alemanes.

Paralización en el frente ruso. En Asia, el avance directo de los moskovitas hacia Trevisonda está tropezando con bastantes dificultades; para superarlas, se advierte una tendencia a envolver la plaza por el Este.

Las tropas del general Gorringer, enviadas en socorro de Kut-el-Amara, han forzado las posiciones turcas de Urum-el-Hannah y Felanieh, a derecha e izquierda del Tigris, y han llegado a las de Sanna-i-Yat, situadas a poco más de 30 kilómetros de Kut; el avance ha quedado detenido por el momento, alegándose para justificarlo la crecida del río. En la tentativa anterior, los ingleses llegaron a las posiciones de Es-Sinn—a 17 kilómetros de Kut-el-Amara—, donde fueron derrotados y tuvieron que emprender la retirada.

En la región de Verdun han recogido los alemanes el fruto de su ataque en punta sobre Avocourt. Las posiciones francesas del N. E. quedaron flanqueadas, y sucesivamente pasaron los alemanes a la orilla derecha del arroyo de Forges, se adueñaron de Bethincourt, del resto de la altura del Mort Homme y avanzan hacia Cumières. En estos combates, se han apoderado de dos cañones, varias ametralladoras y unos 3.000 prisioneros. Se encuentra el atacante, en esta región de la izquierda del Mosa, delante de la segunda línea de defensa francesa, flanqueada en parte también desde el saliente de Avocourt; para apoderarse de ella, es de suponer que aplicarán su conocido método, que tan buenos resultados les está dando: avance enérgico y decidido en uno de los flancos de la línea tomada como objetivo, y enseguida expugnación lenta y apenas sin pérdidas de las posiciones rebasadas.

Interesa a los alemanes, en primer término, interceptar la vía ferrea de Verdun, esto es, adelantar cuatro o seis kilómetros al S. de Avocourt, y para evitar que el defensor lleve a esta parte la masa principal de sus fuerzas, muestran mucha actividad en la orilla del Mosa, entre Douaumont y Vaux; como la línea principal de resistencia en este sector está rota, por la captura del fuerte de Doaumont, el general Petain no puede descuidarla, porque un éxito alemán llevaría al sitiador casi a las puertas de Verdun. Por este motivo, mientras prosigue metódica la ofensiva al O. del río, se pronuncian fuertes amagos hacia Vaux, obligando al mando francés a distribuir su atención y sus fuerzas en los dos sectores; es una de las ventajas, y no la menor, de que goza el que asume la iniciativa.

En el resto del frente occidental, los duelos de artillería, la guerra de minas y los pequeños combates de hace muchos meses.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

13 de abril 1916